

—¿Qué hará el niño que no se le siente hace tiempo? —decía su madre un poco alarmada.

En aquel momento llegó a sus oídos un grito de Laura María, seguido del llanto de la niña. Salió corriendo por el pasillo y al verla en el suelo se apresuró a levantarla, pero resbaló en algo pegajoso y deslizante y cayó también.

Al ruido acudió el padre que, después de hacer varias contorsiones para no perder el equilibrio, cayó asimismo cuan largo era.

—¿Pero, qué es esto? ¡Dios mío, la pasta de las croquetas que teníamos para esta noche! —dijo la madre.

Eso era, efectivamente, y estaba extendida por el suelo del pasillo.

Esta vez tomó cartas en el asunto el padre de «Achú».

—¿Dónde está ese mamarracho?

No lo encontraron por ninguna parte.

—¡«Achú»!... ¡«Achú»!...

El niño no aparecía. Revolvieron toda la casa y hasta miraron dentro de los armarios y debajo de las camas sin encontrarle.

—¡Pero, Dios mío! ¿Dónde puede estar esta criatura?— decía la madre angustiada, porque ya no sabían dónde buscarle.

Salió el padre de «Achú» precipitadamente a la calle y recorrió todos los alrededores de la casa, mientras la madre preguntaba a las personas que vivían en los distintos pisos de ella, pero el pequeño «Achú» seguía sin aparecer.

Laura María y su mamá lloraban abrazadas mientras el padre llamaba, nervioso, por teléfono a la Comisaría, pensando que se trataba de un rapto.

La casa se llenó de gente. Todo el mundo preguntaba, todo el mundo hablaba a un tiempo y no había quien se entendiera.

—Vamos a ver. ¿Desde cuándo han notado ustedes la falta del niño?— preguntó el Comisario.

—Desde poco después de la hora de comer —contestaron los padres de «Achú».

¡Y eran las once de la noche! ¡Qué horror!

Al enterarse los tíos del pequeño acudieron también con algunos de sus hijos, y hasta el perro que tenía uno de ellos, un gracioso fox-terrier, que jugaba mucho con «Achú» y era su buen amigo.

Al no verle, empezó a olfatear buscándole.

La familia en pleno le seguía, y, cual no sería el asombro de todos cuando al tirar el perro, con los dientes, de una cortina del salón, descubrió a «Achú» envuelto en ella y dormido como un leño.

Al ruido despertó, y al ver acercarse a sus padres, con la carita

toda embadurnada de pasta de croqueta, así como el trajecito que llevaba puesto, se levantó de pronto asustado, y con la manita en alto, como tenía costumbre, repetía sin cesar:

—¡Ya no ma, mamá! ¡Ya no ma, papá! ¡¡Ya no!!.. ¡Beso, beso!

¿Creéis mis pequeños lectores que ésta fue la última hazaña del silencioso «Achú»?...

No sé, no sé... Permittedme que lo dude. Hace tiempo que no le veo. Supongo que seguirá «viviendo su vida», como decía su tía Mary.

Puedo enterarme bien, y si os interesa, no tenéis más que escribirme una cartita diciéndomelo y os complaceré.

ELADIA MONTESINO



ACORDE LIRICO

Es un clavo la conciencia
de fino y brillante acero
y miente quien diga: «¡Nunca
sentí su punta en mi pecho!»

PEDRO ROMERO MENDOZA